

evitar que una tradición se suicide, que se ciegue una de las pocas fuentes de belleza espontánea que siguen fluyendo en el mundo» Onelli fué en esta ocasión el que yo esperaba. Conocía ya la nueva, participaba de la alarma, se había adelantado al designio. Se había adelantado a persuadir a los interesados y al Gobierno de que el remedio de la crisis estaba, no en sucumbir ante la vulgaridad cosmopolita, repitiendo en Patagonia mal lo que en París y en Düsseldorf se hace mejor, sino, al contrario, en aferrarse con pureza a los estilos tradicionales, luchando por imponerlos prestigiosamente en los mercados.

Y no sé cómo se las arregló pero el caso es que pronto unos obreros patagones trabajaban en unos talleres de tapicería indígena, ya montados en el mismo Zoológico... Aquel hijo de Roma no podía ver a un hermoso primitivo sin meterle en un taller, a falta de meterle en una vitrina... En el corazón ya le tenía, desde el punto de verlo...

Una máxima de Joubert

Por aquellos mismos días andaban algo preocupados aquellos amigos míos porteños que me acompañaron al «Zoo» por averiguar si otro amigo mío de España, y muy ilustre, «era o no un filósofo».

Yo les decía:

—He aquí una cuestión que yo ni siquiera entiendo. Y a veces imagino que se suscita sobre un hombre precisamente para evitarse el trabajo de estudiar y de revisar lo que el hombre dice. De este que les ocupa, ¿vale la lección la pena de recogerse? ¿Les enseña a ustedes algo substantivo, les trae algún presente espiritual? ¿Se entusiasman, además, en ella; sienten el propio ritmo vital acrecido en su compañía y contacto? ¿Para qué, entonces, andarse en mezquindades clasificadoras? ¿Para qué fingirle un grifo profesional patentado al manantial en que apagaron la sed y se regalaron, por añadidura?

Acabaron por decir, aliviando las proporciones de la cuestión, que de lo que se trataba, sobre todo, era de saber qué calificación preferir en las alusiones o citas.

—¡Ah! ¿No es más que eso...? Pues recurran al consejo de Joseph Joubert. Joseph Joubert ha sido acaso el reaccionario más fino de todo el siglo XIX. Amigo de Chateaubriand, me atreveré a decir—siguiendo los procedimientos de estimación cuantitativa, caros a cierto condiscípulo de Pío Baroja—que Joubert resulta un 40 por 100 más interesante que Chateaubriand... Pues Joseph Joubert es quien decía en sus máximas: «Si tu amigo tiene dos nombres, dale siempre el más bello y el más sonoro».

Por lo que toca a Onelli, no creo que se le puede dar nombre más bello y más sonoro que el de «sabio». Y así, como su interés por los tapices trenzados me ganó la amistad, he escrito de él que era una manera de sabio... Basta.

EUGENIO D'ORS

(A. B. C., Núm. del 26 de novbre. de 1924, Madrid).

La herencia del maestro Onelli

Don Clemente Onelli no ha dejado fortuna. Trabajó toda su vida en cosas del espíritu, en cosas que halagan a la inteligencia y a la sensibilidad,

pero que no proporcionan, al que a ellas se dedica, el bienestar seguro y menos aun, la riqueza. ¿Y cómo iba a lograrla quien, como Onelli, vivió siempre consagrado a satisfacer su curiosidad de estudioso y de escritor y sólo se preocupaba en popularizar el resultado de su estudio y su observación? Había trabajado mucho y había recorrido los largos itinerarios, los rincones desconocidos, los lugares remotos. En esa constante peregrinación de explorador, de sabio y de artista, pues de tan diversos aspectos se formaba su modalidad, acumuló objetos interesantes y bellos recuerdos de nuestro pasado. Los que solían visitarlo en el Jardín Zoológico, los han visto, tanto en su casa particular como en un pequeño recinto, escondido entre los árboles. Eran obras de arte de la época colonial. Imágenes talladas por los indios, tapices de dibujo primitivo, utensilios de culto labrados en un estilo rudo, vestuarios en que se revelaba el ingenio indígena en su primer contacto con la civilización europea. Las telas, cuyos temas utilizó en sus alfombras, las tablas, los lienzos, cubrían las paredes, y Onelli se complacía en explicarlos con su palabra sabrosa, con sus anécdotas personales, vinculando su hallazgo y su adquisición a momentos pintorescos de su existencia. Es lo que dejó al morir. Constituía esto su único bien, lo único que no se llevaron sus iniciativas generosas, y eso mismo acaba de tener un destino, por disposición de la señora de Onelli que tiene el valor de una hermosa actitud, y que, sin duda, interpreta con profunda ternura el pensamiento del admirable compañero de sus días. La señora de Onelli no tenía más que eso, y que además de su positiva importancia evocaba con íntima y triste dulzura la convivencia de tantos años. Lo donó al Museo Histórico de Luján, que Onelli amaba, porque en sus salas reviven las costumbres argentinas de otro tiempo.

Es éste un ejemplo que debemos señalar. Los donativos no abundan entre nosotros. Son pocos los que piensan, no obstante poder hacerlo, en las instituciones culturales, en el museo, en la escuela o en la Universidad. Todavía no hemos aprendido la liberalidad del dinero que se practica en Europa y que en Estados Unidos se ha erigido en un deber de utilidad social. Y es por eso que el gesto de la señora de Onelli provocará un movimiento unánime de simpatía en los que profesaban a su esposo el afecto popular que conquistó con su obra y con su conducta. El Gobierno de la Provincia podría, sin aminorar la belleza de esa resolución, reflexionar al respecto. La señora de Onelli tributa, desde luego, un homenaje conmovedor a la memoria de aquel a quien no se olvidará; mas el Gobierno provincial estaría en lo justo en adquirir lo que se le regala, ya que se trata de una persona que realiza un esfuerzo que, esperemoslo, sea un estímulo para los indiferentes.

(La Nación, Buenos Aires).

